

# ENSAYOS

## Pedro Henríquez Ureña: ¿Precursor intelectual de la Revolución Méxicana?

Fernando Pérez Memén.

*...Sólo habíamos pensado hasta  
entonces en la renovación de las  
ideas... (Pedro Henríquez Ureña).*

Pedro Henríquez Ureña llegó a México el 7 de enero de 1906, en el ocaso de la dictadura de Porfirio Díaz. Contaba 22 años de edad. Era Bachiller en Ciencias y Letras (desde, 6/11/1901). Tenía tres años de estudios de Bachiller en Artes en la Universidad de Columbia, Venía desde La Habana donde había dejado una buena estela de reputación como crítico literario, poeta y periodista, y había escrito dos libros: *Poetas Dominicanos* y *Ensayos Críticos*.

La sociedad mexicana a la que llegaba el humanista en formación no distaba mucho de la Nueva España, o era en substancia, la misma sociedad colonial, con elementos formales del liberalismo político y económico, que le había superpuesto la clase media criolla al realizar la emancipación en 1821.

El Porfiriato era fundamentalmente latifundista. Las condiciones de pobreza y miseria del indio eran casi las mismas que en los tiempos coloniales, y si se ahonda más el análisis, hasta peor, pues habían perdido los ejidos en virtud de la ley de Benito Juárez que no reconocía personalidad a las congregaciones, y que dio lugar a la fragmentación de la propiedad ejidal, al parvifundio o minifundio, que a causa de la impotencia del indígena fácilmente su pequeña propiedad pasaba a manos del hacendado y aumentaba la gran propiedad

de éste. Con lo cual -parodiando a Guillermo Prieto- el hacendado era el nuevo gachupín de los indios.

La industria empezaba a desplazar la economía artesanal; la mayor parte estaba en manos de capitalistas extranjeros -principalmente europeos. La minería era aun más dependiente de los *Trusts* internacionales que las dos actividades económicas preindicadas. Los ferrocarriles eran, además, patrimonio de los capitalistas foráneos. México, también, estaba en manos de las corporaciones financieras internacionales y el país era deudor de cuatrocientos treinta y ocho millones de dólares. Ningún gobernante -en opinión de José Vasconcelos- había gravado tanto a la nación como Don Porfirio Díaz (1).

La cultura, también, sufría el envenenamiento de la dictadura. Esta tuvo como base de justificación ideológica la filosofía positivista de Augusto Comte, la que fue introducida en México por Gavino Barreda. México -conforme con la reflexión oficial- necesitaba "orden y progreso" para alcanzar el Estado positivo y estar al nivel de las naciones europeas y de los Estados Unidos, y sólo un régimen como el de Don Porfirio garantizaba el logro del más alto estadio de la civilización. Este pensamiento y la tesis evolucionista de que en cada país y en cada época gobiernan los más aptos alcanzaron el carácter de dogma y los utilizó el grupo gobernante para mantener encadenada al régimen la conciencia de los mexicanos. Las escuelas y las universidades fueron los principales centros donde la filosofía oficial se esforzaba en ganar el espíritu de las nuevas generaciones. Esfuerzo que se extendía, además, hacía el pueblo en su totalidad ofreciéndole unos valores culturales fundados en la visión del mundo y de la sociedad conforme con el pensamiento positivista de Comte y la idea evolucionista de Spencer.

Desde los primeros días de su llegada Henríquez Ureña sintió esa lacerante y agobiante realidad: "sentíamos -recordó años después- la opresión intelectual, junto con la opresión política y económica" (2)

Y pudo percibir con dolor el encadenamiento espiritual que padecía México, el cual describió así:

En aquel período, bajo el gobierno de Díaz, la vida intelectual de México había vuelto a adquirir la rigidez medieval, si bien las ideas eran del siglo XIX, “muy siglo XIX. Toda *Weltanschauung* estaba predeterminada, no ya por la teología de Santo Tomás o de Duns Escoto, sino por el sistema de las ciencias modernas interpretadas por Comte, Mill y Spencer; el positivismo había reemplazado al escolasticismo en las escuelas oficiales, y la verdad no existía fuera de él. En teoría política y económica, el liberalismo del siglo XVIII se consideraba definitivo. En la literatura, a la tiranía del “modelo clásico” había sucedido la del París moderno. En la pintura, en la escultura en la arquitectura, las admirables tradiciones mexicanas, tanto indígenas como coloniales, se habían olvidado...En música...se creía que la salvación estaba en Leipzig (3).

La espiritualidad, la vocación por la cultura de Henríquez Ureña, como el Daimon socrático, o el imperativo categórico Kantiano, le impulsó a luchar por la liberación cultural de México para que alcanzase la emancipación política de la dictadura porfirista.

A los pocos días de su llegada a Veracruz se integró como redactor al periódico *El Dictamen*, y editó una revista, junto con Arturo R. Carricarte: la *Revista Crítica*. A los pocos meses pasó a la capital, a México, donde vivió hasta el 1914. Allí se unió al grupo literario de la *Revista Moderna de México*, que dirigía el poeta Jesús E. Valenzuela, y se asoció al cuerpo de redacción del diario *El Imparcial*.

En esos mismos días se afilió a un grupo de jóvenes de su generación, que se identificaban en inquietudes y preocupaciones, y que como él mismo nos testimonia “sentía la necesidad del cambio” (4). Este grupo fundó la Sociedad de Conferencias, que luego se convirtió en el Ateneo de la

Juventud, y jugó un papel importante y estelar, aunque no sólo, pues algunos jóvenes intelectuales actuaron independientes del mismo y realizaron una labor paralela, -como más adelante veremos-, y dieron sus valiosos y estimables aportes al cambio socio-cultural y político en la lucha contra el porfiriato. Desde luego hay que significar que los jóvenes del Ateneo -algunos de los cuales no alcanzaban los 20 años- no hacían política a la manera tradicional, que no eran partidistas, pero sí políticos en el pleno sentido aristotélico, que se trazaron como meta destruir los cimientos ideológicos de la dictadura para que, lógica y necesariamente, el colosal edificio de ésta se desplomara, como en efecto ocurrió en poco tiempo. Además de Pedro Henríquez Ureña constituían, entre otros, ese grupo: su hermano Max -que a principios del 1907 llegó a México-, Antonio Caso, filósofo, Alfonso Reyes, escritor, José Vasconcelos, filósofo, Diego Rivera, pintor, Acevedo, arquitecto. . Su método de lucha fue: la conferencia, el periódico, el libro, la exposición de arte. . En su escrito sobre la *Revolución y la vida intelectual de México*, Pedro Henríquez Ureña nos revela su sentimiento de satisfacción por pertenecer a esa generación que tuvo plena conciencia de la necesidad de emancipar mentalmente a México. Así pudo escribir:

....Veíamos que la filosofía oficial era demasiado sistemática, demasiado definitiva para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón, que fue nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer. Tomamos en serio a ...Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a James, a Croce...Leímos a los griegos, que fueron nuestra pasión. Ensayamos la literatura inglesa. Volvimos, pero a nuestro modo, contrariando toda receta, a la literatura española. .(5).

Y más adelante, recordando aquel evento, con suma alegría, asentó:

Nuestra juvenil revolución triunfó, superando todas nuestras esperanzas... nuestros mayores después de tantos años de reinar en paz, se habían olvidado de luchar. Toda la juventud pensaba como nosotros (6).

Este triunfo se reveló bien pronto en la renovación de las ideas, "habíamos roto -asevera- una larga opresión." En las vísperas de la caída de Díaz, en 1909- las puertas de la Universidad comenzaron a abrirse a un nuevo magisterio, a la nueva generación. Antonio Caso tuvo el privilegio de ser el primero en asumir la cátedra, y su entrada "significó el principio del fin" (7).

Al ocupar Francisco I. Madero la presidencia, en 1911, los principales representantes del pensamiento porfirista salieron de la Universidad Nacional, "y su influencia se desvaneció." Esa academia comenzó a reorganizarse gracias a la "conquista fundamental," del grupo del Ateneo que fue: "el estímulo que dió Antonio Caso a la libertad filosófica" (8).

De la renovación universitaria surgió la organización de la Escuela de Altos Estudios, la mayor parte de sus profesores eran del Ateneo, y con ella nacieron con grandes éxitos los cursos de humanidades y ciencias.

El Ateneo logró destruir la concepción elitista de la educación superior, y fomentó la educación de las masas populares. Así creó la Universidad Popular Mexicana, cuyos estatutos prohibían la ayuda de los gobiernos; entre sus alumnos contaba con muchos obreros, artesanos y personas humildes del pueblo. Lamentablemente después de desenvolverse con precariedad durante una década se vio compelida a cerrar sus puertas por falta de fondos.

A pesar de la anarquía política de 'los años terribles' de 1913 a 1916 la renovación filosófica, literatura y artística iba cristalizándose. En la Universidad sólo faltaba renovar la

ideología jurídica y económica, acorde con la renovación que en esos órdenes traía la Revolución. Y esta labor fue obra de la generación inmediatamente posterior a la del Ateneo, como bien reconoce Henríquez Ureña. Entre ellos conviene citar a Manuel Gómez Morán, quien hizo el nuevo plan de estudios jurídicos en la Universidad; Vicente Lombardo Toledano, cuyas definiciones de Derecho Público se inspiran en la Escuela de Duguit; y Daniel Cosío Villegas, quien es el primero que aborda, con nuevas ideas, los estudios de sociología aplicada a México (9).

Algunos autores han sobrevalorado y sobrestimado la labor del Ateneo de tal suerte que consideran que debido a él México logró autodescubrirse. En ese sentido Patrick Romanell afirma:

...Si no perdemos de vista que la ofensiva antipositivista del Ateneo inició la rehabilitación de la raza, como dice Vasconcelos, podemos concluir que esa rehabilitación que brota de la ofensiva misma, es la expresión ideológica de la Revolución mexicana, puesto que entendemos por esos términos un *descubrimiento* por los mexicanos y al mismo tiempo una *recuperación* de México para los mexicanos (10).

Otros autores, por el contrario, difieren de aquellos, y si bien conceden cierto valor al Ateneo, en su óptica reducen el alcance de su labor. Octavio Paz piensa que:

¡La crítica al positivismo fue decisiva en la historia intelectual mexicana y uno de los antecedentes imprescindibles de la Revolución. Pero es un antecedente negativo. Caso y sus compañeros destruyen la filosofía oficiosa del régimen sin que por otra parte, sus ideas ofreciesen un nuevo proyecto de Reforma Nacional. Su posición intelectual apenas si tenía relación con las aspiraciones populares y con los quehaceres de la hora (11).

José Gaós, por su parte, observa en las actividades del Ateneo únicamente

el advenimiento en México de un momento de magisterio si no de mando de los jóvenes o de la neocracia en buen sentido, cuyo correlato era la pérdida de hecho del magisterio, si no del mando, por parte de los mayores, o la imposibilidad de la *Gerontocracia* (12).

Y Enrique Krausse reduce el Ateneo a un mero grupo que no incide positivamente en el país en términos de descubrir la verdadera realidad de México. Así apunta que:

...El Ateneo de la Juventud que era un grupo heterogeneo, elitista, separado y ajeno a la realidad social del país...No *descubrió* y menos recuperó al país...

Y considera que esa tarea comenzó a realizarse después de la partida de los ateneistas del país, en 1913, por la generación de intelectuales inmediatamente posterior a la del Ateneo (13).

Pero conviene significar que antes de esa generación, independiente o paralelamente a las actividades del Ateneo algunos intelectuales reflexionaron sobre la realidad de México. Unos abogaron por la reforma social como Iglesias Calderón, -liberal clásico- Trinidad Sánchez Santos y el obispo José Mora y del Río (representantes del grupo de católicos preocupados por los problemas sociales), y los Floresmagonistas. Otros prepararon la renovación política como los escritores Calero, Emilio Vásquez, Querido Moheno, Madero, los cuales fueron los representantes de los intereses del grupo latifundista burgués y de la clase media intelectual que percibieron la Revolución sólo a través del lema popularizado por Madero: "sufragio efectivo. No reelección." Intelectuales hubo que tuvieron una intuición profunda sobre la problemática agraria del país y aportaron interesantes soluciones como Andres Molina Enríquez -autor de

los *grandes problemas nacionales*-, y Luis Cabrera, quien inspirado en el anterior más adelante formuló la ley del 6/1/1915 que devolvió las tierras ejidales al indio, y todavía en 1931 conceptuaba al libro de Enríquez como “el mejor católico de nuestros problemas nacionales.” Y finalmente, otros que percibieron detrás del movimiento de Madero un cataclismo social como Miguel Lanz Duret, José María Lozano, Nemesio García Naranjo, Francisco M. de Olaguibel, redactores del periódico: *El Debate*; y algunos que vieron por debajo del conflicto político problemas sociales de extrema gravedad, como el escritor Francisco Bulnes, quien en 1911 aseveró que: “las causas profundas y verdaderas de la revolución no eran para las clases populares ni la no reelección ni el sufragio efectivo, éstas lo que necesitaban eran la no miseria y la comida efectiva, la más barata y abundante” (14).

La labor del Ateneo, sin embargo, no se puede minusvalorar. Los jóvenes intelectuales pertenecientes al mismo no tuvieron como blanco combatir la estructura socio-política del régimen, sin la estructura mental o intelectual o el fundamental ideológico del porfiriato; destruida esta base el gobierno quedaba sin apoyo alguno de justificación, y por consiguiente, su caída era inevitable. El Ateneo asumió, por tanto, el compromiso de negarle validez a los valores culturales del porfiriato, a renovar la cultura, y a contribuir con una educación liberadora a forjar la conciencia de las clases populares.

Pedro Henríquez Ureña se identificó con ese noble quehacer, consagró su talento y su voluntad tesonera a la educación de los mexicanos, porque la consideraba: ‘la única salvadora de los pueblos’ y percibió el acceso de los humildes a la educación como el principal logro de la Revolución, así aseveró que: “para el pueblo la Revolución ha sido una transformación espiritual” (15).

Destruida la maquinaria de la dictadura, en 1911, él y sus amigos del Ateneo, sintieron la satisfacción de haber contribuido a crear el ambiente intelectual para la crítica



política y social contra el porfiriato y la validez ideológica del mismo, por haber logrado su meta que era "entonces. . . la renovación de las ideas".

#### NOTAS

1- González Navarro, Moisés. *México el capitalismo nacionalista*. México, B. Costa-Amic, Editor, 1970, pág. 125; José Vasconcelos. *Breve Historia de México*. México, Compañía Editorial Continental, 1973. Pág. 412.

2- Henríquez Ureña, Pedro.- "La Influencia de la Revolución en la vida intelectual de México." *En Obras Críticas*, del mismo autor. México Fondo de cultura económica 1960; pág. 612

3- Ibid.

4- Ibid.

5- Ibid.

6- Ibid.

7- Ibid.

8- *Ibidem* Pág. 613.

9- Con excepción de Cosío Villegas, Gómez Morín y Lombardo Toledano forman parte del grupo que en México se ha llamado de los Siete Sabios." Los demás integrantes del mismo fueron: Alberto Vásquez del Mercado, Antonio Castro Leal, Alfonso Caso, Teófilo Olea y Leiva, Jesús Moreno Boca.

10- Romanell Patrick. *La formación de la mentalidad mexicana*. México El Colegio de México, 1954. Pág. 77 CFR Enrique Krausse.- *Los Intelectuales mexicanos de 1915*. Plan de trabajo para el programa de investigaciones. El Colegio de México (inédito Pág. 36).

11- Paz, Octavio.- *El Laberinto de la soledad*. México, Fondo de Cultura económica, 1969, pp. 126-127 CFR Krausse, *Ob Cit* Pág. 37

12- Gaos, José.- *Filosofía mexicana de nuestros días*. México, Imprenta Universitaria, 1954, pág. 74 CFR Krausse, *Ob Cit*, pág. 37.

13- Krausse, *Ob Cit*, Págs. 36-39.

14- González Navarro, *Ob Cit*, 126, 127 y 128.

15- Henríquez Ureña, Pedro.- "La cultura de las humanidades," en *Obras Críticas* 603; y "La influencia de la revolución en la vida intelectual . ." 616. Henríquez Ureña estuvo en México hasta abril de 1914. Días antes se había recibido de Abogado en la Universidad Nacional. Presentó una tesis sobre la *Universidad*, una síntesis histórica sobre la institución y sus funciones, obra que refleja muy fielmente sus inquietudes por la educación. Vivió en Estados Unidos hasta el 1921 donde fue profesor de la Universidad de Minnesota, regresó a México llamado por el Ministro de Educación José Vasconcelos, donde de nueva cuenta ofreció a México su inteligencia, su ferrea voluntad, su juventud y su idealismo. En una carta a Vasconcelos le refería que tenía a su cargo diez trabajos, pero sólo recibía sueldo por tres. Estuvo por segunda y última vez en México hasta el 1924 cuando salió hacia la Argentina. Véase de Lara, Juan Jacobo. *Pedro Henríquez Ureña: Su vida y su obra*. Santo Domingo R.D. Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1975, págs. 29-48.